



Círculo Rojo



SESENTA METROS CUADRADOS



# SESENTA METROS CUADRADOS



MIGUEL GANZO MATEO

Primera edición: marzo 2018

Depósito legal: xxx

ISBN: 978-84-9183-952-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Miguel Ganzo Mateo

© Maquetación: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Corrección ortotipográfica: Oportet Editores

© Diseño de cubiertas: Jimmy Busenius

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Para mi hermano*





«Raíces y alas. Pero que las alas arraiguen  
y las raíces vuelen».

Juan Ramón Jiménez



# PRIMERA PARTE

«La rueda de la fortuna  
nunca se pudo estar quieta;  
con vuelta y media que dio,  
me trajo para esta tierra».

Romance anónimo



## UNO

### MIÉRCOLES, 25 DE JUNIO DE 2014

Kivikkjokk, hay un imán en la nevera que pone *Kivikkjokk*. Se acaba de ir Niklas y ahora sí que empieza esto. Doy otra vuelta por la cabaña, por los sesenta metros cuadrados que tiene, y esta vez voy a mi ritmo, fijándome mejor en las cosas que hay y en las que no hay, intentando imaginar mi vida aquí. Es difícil. El silencio hace que todo parezca aún más extraño. Ni siquiera la nevera hace ruido. No sé por qué, pero me da por ir tocando las paredes con los dedos.

La nevera está llena de cosas; es como llegar a una casa donde viviese alguien. Es Niklas quien las ha traído, ha estado aquí un par de días limpiando y haciendo bricolaje y ha hecho una compra básica para que me apañe los primeros días. También hay comida en el armario grande de la cocina. ¿Y todos esos paquetes qué serán? Los colores y los nombres son completamente diferentes a los de casa.

Vuelvo a la nevera. Veo tres cartones que podrían ser de leche, pero que tienen que tener truco porque en cada uno pone una cosa diferente. Espero que al menos uno sí que lo sea. No he traído diccionario, me acabo de dar cuenta del detalle. No pensé en eso. Y por la forma de los paquetes, las latas y los botes, no siempre se puede deducir qué es lo que hay dentro.

¿Café?, ¿me habrá comprado café? Y si lo ha comprado, ¿dónde está? Necesito un café, un café cortado: con el café que no

encuentro y la leche que no sé si es leche. La cafetera sí que la veo, ahí, encima de la encimera. Es extraño esto de meterse de repente en una cocina llena de paquetes indescifrables y que, además, sea mi propia cocina, o que vaya a serlo a partir de ya. Encuentro el café. Estaba detrás de la cafetera. Muy bien pensado.

Cuando me beba el café, voy a salir a dar un paseo. En el viaje del aeropuerto a casa, mientras Niklas conducía, he ido mirando por la ventanilla para hacerme una idea del sitio al que estoy llegando. Niklas no paraba de hablar y de darme consejos: que si en verano, que si en invierno, que si las pocas tiendas, que si el sol de medianoche, que si la nieve. Y me hablaba mirándome a los ojos en lugar de mirar a la carretera, con una mano en el volante y con la otra apoyada en la ventanilla, con el codo fuera. Si no he pasado miedo ha sido porque no nos hemos cruzado más que con tres coches en los casi doscientos kilómetros de viaje.

A ver, que me centre. Estas cafeteras de filtro me parecen un misterio, nunca sé cuánto café echar.

## DOS

### LUNES, 7 DE JULIO

Casi quince días ya, y se me han pasado sin darme cuenta, aunque tampoco me extraña; creo que si junto las horas que he dormido, me sale que me he pasado durmiendo diez días de los quince. Y no estoy exagerando. Sin embargo, estos dos últimos días he empezado a madrugar sin pretenderlo. De repente, se me abren los ojos y siento que ya he dormido lo suficiente.

En casa, solía despertarme a las seis de la mañana de lunes a viernes, y siempre de mal humor. Tenía que colocar el despertador al otro lado de la habitación para obligarme a salir de la cama. Después, me duchaba a toda velocidad, me tomaba un café en tres tragos, quemándome la boca la mitad de los días, y salía a la calle a buscar el coche. Todo a la carrera y arrepintiéndome de no haber tenido más tiempo para tomarme el café y para desayunar algo más consistente. Luego, ir al trabajo me llevaba entre media hora y una hora y cuarto, dependiendo del tráfico. Lo curioso es que, aunque ahora, al hablar de ello, me parezca algo muy lejano, en realidad solo han pasado dos meses desde que dejé todo aquello. Ni siquiera dos meses: el trabajo lo dejé el 28 de abril, y solo entonces pude empezar a organizar el viaje.

La cabaña la tenía apalabrada con Niklas desde mediados de mayo, pero no pude darle el sí definitivo hasta que no alquilé la casa

de Madrid y supe con cuánto dinero contaba: 1100 euros al mes. Incluso algo más de lo que yo había previsto. Y los tengo garantizados todos los meses por un periodo de dos años, eso es lo que he firmado con la agencia de alquileres que me lo va a llevar todo.

La agencia me ingresa 1100 euros en la cuenta todos los meses y luego pueden alquilar el piso por el precio que quieran, yo ahí no me meto. Eso sí, dentro de dos años me lo tienen que devolver en buenas condiciones otra vez. No me imagino quedándome aquí dos años, pero si quisiese volver antes a Madrid, o irme a cualquier otro sitio, ya me buscaría otro lugar para vivir; con esos 1100 euros de base me apañaría bien.

Vale, 500 de los 1100 euros desaparecen para pagar la hipoteca, los gastos de comunidad y el IBI del piso, pero con los 600 euros de margen me salen bien las cuentas. Empezando por los 385 euros de alquiler de la cabaña con electricidad y calefacción incluidas, ¡baratísima!, pero Niklas dice que prefiere que la cabaña esté en uso, que así se estropea menos que teniéndola cerrada. En cuanto a la comida, Niklas me ha arreglado un trato con un vecino amigo suyo, Gunnar. El trato consiste en que, por 200 euros al mes, Gunnar se ocupará de hacerme la compra. Un dato importante: en esta esquina de Europa, la palabra *vecino* quiere decir que vive a menos de 20 kilómetros de distancia.

Este señor, Gunnar, lleva ya bastantes años jubilado y da la impresión de estar muy contento con su nueva ocupación. Hemos quedado en que va a venir cada domingo con la compra semanal. Ayer mismamente estuvo aquí. De momento, me está trayendo lo que a él le apetece, porque yo le he dicho que quiero comer lo que come la gente de la zona; como no tiene prisa, cada vez que viene se entretiene en contarme qué es lo que contiene cada lata y cada paquete y también qué cosas son más apropiadas para desayunar, para comer o para cenar.

Resumen de cuentas: si sumo los 385 euros del alquiler con los 200 euros de la comida, resulta que por 585 euros al mes tengo



la vida solucionada mientras siga aquí en la cabaña. Total, como no tengo más gastos, me da para ir ahorrando 15 euros cada mes. Mi economía nunca había sido tan sencilla desde los años en que mamá me daba una paga cada viernes. Bueno, el único problema sería que la corona sueca se pusiese carísima, porque los gastos de aquí, aunque me los traduzco a mí misma a euros, son en coronas. Pero tampoco sería una catástrofe, tengo dinero ahorrado. ¿Y por qué me he puesto a hablar de dinero? No me apetece nada hablar de dinero. Pero me alucina pensar que estoy en una situación en la que, si quisiese, no tendría que trabajar nunca más.

Llevo un rato despierta y todavía no son ni siquiera las seis de la mañana, más temprano que mi hora de despertarme en Madrid. Y es de día, claro, es de día todo el rato. Que, por cierto, aunque ya sabía que los veranos en Laponia son así, una cosa es saberlo y otra cosa es ver como el sol da vueltas sin ponerse nunca. Al principio pensé que no podría dormir, pero las cortinas de mi habitación son completamente opacas, sea la hora que sea las cierro y es de noche. Así que si ahora madrugo, no es porque me despierte el sol, sino porque, simplemente, ya no tengo más sueño.



## TRES

### MIÉRCOLES, 9 DE JULIO

Hoy he paseado un rato por la orilla del río, corriente arriba. Empiezo a sentir que ya he descansado lo suficiente, casi me noto con fuerzas como para ponerme en marcha, coger el avión y volver a Madrid, dispuesta a trabajar y a todo lo que me echen. Pero esta mejoría ya la tenía prevista Alberto; por eso, me dijo que no me creyese ninguna recuperación repentina. Pues nada, no me la creo. Mi problema, me dijo, es una ansiedad profunda que me ha calado hasta los huesos, una ansiedad casi irrecuperable. Tremendo, ¿verdad? «Pero nada es irrecuperable», me dijo justo después con una sonrisa. Entonces, me recomendó hacer esto: un retiro, por llamarlo de alguna manera, un retiro de esos que ya no se hacen, de chimenea, novelas y mantita de cuadros. Aunque tengo que reconocer que, antes de mandarme al exilio, había intentado convencerme de que hiciese las cosas bien, ordenadamente. «Deberías ir al médico —me dijo—, al psiquiatra, que seguro que te va a dar la baja».

Debería, sí, pero otra opción era dejar la empresa y hacer lo que me diese la gana sin tener que ir mendigando una baja, sin que me pusiesen la etiqueta de enferma o, peor aún, que me la pusiese yo misma. Y eso es lo que hice: dejar la empresa. Alberto era el psicólogo de la empresa, así que ahí podían haber terminado nuestras conversaciones. Pero continuaron. También tiene

consulta privada y estuve viéndole una vez a la semana desde que dejé el trabajo hasta que me vine para acá.

Llevaba mucho tiempo pensando que sería capaz de cambiar de ritmo de vida sin necesidad de romper con todo. Igual que aguantaban mis compañeros de trabajo, que salían casi tan tarde como yo de la oficina y muchos además con pareja y niños; si aguantaban ellos, también tendría que aguantar yo. Eso pensaba, que sería capaz de resistir un poco más y de hacer un cambio gradual; luego tuve la gran crisis a mediados de abril. Gran crisis, colapso, *burnout*. No sé cómo llamarlo, no sé cómo nombrar o cómo explicar lo que me pasó en aquellos días, bueno, lo que en gran medida me sigue pasando, aunque hace un momento haya dicho que me sentía con fuerzas para volver a Madrid. Mentira cochina, lo he dicho con la boca pequeña.

Alberto no me dijo que me viniese a Suecia. Para el retiro de chimenea, novelas y mantita de cuadros me propuso algo más cercano: los Pirineos. Así que yo empecé a planear mi huida allí: elegir valle, buscar casa, comparar precios... hasta que me di cuenta de que los Pirineos están demasiado cerca de Madrid y que en cualquier recuperación transitoria decidiría coger el coche y volverme. Y no, eso no podía ser.

Me puse con el Google Maps, tal cual, y a punto estuve de decidirme por Escocia, luego por Irlanda, pero no sé por qué seguían sin parecerme lo suficientemente lejos. Así que salté a Escandinavia. Los fiordos noruegos. Dicen que son muy bonitos. Lo malo es que seguramente están llenos de turistas. No, los fiordos tampoco. Pero ya andaba yo con los ojos puestos en Escandinavia y se me desvió la mirada hacia Suecia, hacia un nombre curiosísimo al norte del país: Jokkmokk.

Jokkmokk, Jokk... Mokk, ¿Jokkmokk? ¿Cómo podía un lugar tener un nombre así? ¿Sería Jokkmokk mi lugar de reposo? Llamé a Juan, un compañero de carrera que siempre se va de vacaciones a sitios exóticos, y le pregunté si había oído hablar de Jokkmokk.

No, nunca. Perfecto. Si no lo conoce Juan, quiere decir que no puede haber muchos turistas. Le nombré las ciudades cercanas y reconoció Kiruna: ¿Kiruna? ¡Eso está en Laponia!

Laponia. De repente tuve claro que Jokkmokk era el lugar que andaba buscando. Ni siquiera le comenté al psicólogo que había dado el salto de los Pirineos a Laponia. No por nada en especial, simplemente porque no me apetecía contárselo, ni a él ni a nadie. Me puse a buscar casas y enseguida contacté con Niklas.



## CUATRO

### VIERNES, 11 DE JULIO

Alberto no solo me recomendó reposo, también me propuso una terapia. Y mi terapia son los monólogos, estos monólogos. No sé si es una terapia habitual, pero es lo que me propuso: hablar sola y en voz alta. No todo el rato, eso no hace falta. Además, sería de locos. No todo el rato, pero sí de vez en cuando. ¿Una vez por semana? Muy bien ¿Dos? Mejor aún. Hablar en voz alta, aunque sea un momento, lo suficiente para poder contarme a mí misma lo primero que me pase por la cabeza. Esas cosas que en realidad ya están ahí esperando a ser contadas.

¿Cuándo hacerlo? De repente, sin más, cuando me apetezca. Lo único que tengo que hacer es, en un momento dado, ponerle un altavoz a mi línea de pensamientos y escucharme mientras hablo.

¿Y cuándo terminar? Eso no lo sé, Alberto no me dio más detalles; las únicas instrucciones fueron: tú empieza a hablar y, cuando te canses o te aburras, será que has terminado con el monólogo del día.

Un apunte: Alberto no mencionó lo de la grabadora, eso es algo que se me ocurrió a mí cuando hice mis dos primeros monólogos de prueba, antes de salir de Madrid. Quiero decir, él me propuso que hablase en voz alta, pero lo de grabarme ha sido idea mía. Todavía no he escuchado ninguna de las grabaciones, ni creo que lo haga nunca, pero noto que me lo tomo más en serio si me grabo.

No sé qué pensará Alberto de esto, no me dio tiempo a preguntárselo, o más bien quise, no fuese a ser que me dijese que no me grabase. Cuando termine con la terapia —que no creo que se le pueda llamar a esto terapia porque, si lo he entendido bien, lo único en que consiste es en estar aquí descansando, dejando que pasen los días, y en hablar en voz alta de vez en cuando—, pues eso, que cuando termine con esto, ya veré qué hago con todas las grabaciones.



## CINCO

### SÁBADO, 12 DE JULIO

Radio cabaña: episodio 5. Y todavía no he hablado de la cabaña. De cómo es por dentro.

La cabaña tiene un dormitorio, un salón, una cocina, un baño y un pequeño cuarto que es una sauna. También hay una especie de vestíbulo donde se supone que en invierno se dejan las botas, el abrigo y el resto de cosas que ensucian. Todavía no me hago una idea de cómo va a ser el invierno por aquí... si es que me quedo hasta el invierno.

A ver, que me disperso, que estaba hablando de la cabaña. Pues eso. En el baño están la bañera, el lavabo, un armario, la lavadora y la secadora. El baño tiene baldosas blancas con unos dibujos rojos que después de mucho mirarlos parece que son flores. En el resto de la casa las paredes son de madera. El dormitorio es pequeño y tiene una cama, una mesita y unas cortinas blancas, pero gruesas y completamente opacas. También hay un armario de dos puertas con muchas perchas y una cajonera. La cama es muy cómoda, blanda pero muy cómoda. Y Niklas me ha dejado dos juegos de sábanas bajas azul claro con fundas de edredón azul oscuro. El edredón es calentito, pero no más que el que usaba en Madrid. Niklas dice que no voy a pasar frío. La calefacción es muy buena, y la caldera está en una especie de sótano en el que

todavía no he entrado. De manejar la caldera se encarga Gunnar, el vecino jubilado que me trae la compra, entra dentro del trato que hemos hecho. ¡Ah! Gunnar también me va a traer leña en cuanto empieza a refrescar. Sí, leña porque en el salón hay una chimenea. Siempre me han gustado mucho las chimeneas, aunque esta todavía no la he usado. Cuando empieza a refrescar. No me esperaba que hiciese este calor en Laponia; el termómetro ahora mismo marca veinticinco grados. El termómetro está en el salón, en la ventana que hay encima del sofá. Y es que, en el salón, además de la chimenea, hay un sofá, una mecedora, una mesa baja en la que pongo los pies, una estantería y dos lámparas de pie: una al lado del sofá y otra al lado de la mecedora. Ahí estaban colocadas cuando llegué y ahí siguen.

En la cocina hay lo que viene siendo una cocina. Con todas las cosas que le pediría yo a una cocina, e incluso más. Empezando por una buena encimera y un armario grande que más bien parece una despensa. Y una mesa que uso para desayunar, comer y cenar.

Por último, la sauna. Creo que no hay que explicar mucho. Una sauna es una sauna. Esta es de madera y bastante pequeña, caben solo tres o cuatro personas, está muy nueva y el color de la madera es bonito. Además, huele muy bien. Tiene un termómetro, una ventana y un reloj de arena.

¿Y dónde está la cabaña? Pues eso no lo sé muy bien. En Jokkmokk, se supone, pero yo de momento lo único que he visto en mis paseos es mucho bosque, un río y una carretera. No he visto más casas que la mía. Al parecer, estamos en el término municipal de Jokkmokk y bastante cerca del centro del pueblo, pero bastante cerca quiere decir a treinta kilómetros más o menos.

¡Ah! Y en cuanto a ventanas que den al bosque... todas dan al bosque.

## SEIS

### LUNES, 14 DE JULIO

Ayer vino Gunnar con la compra de la semana y me trajo lo mismo que el domingo pasado. Para que no se complique, le he dicho que me haga una compra igual a la suya y, por lo que veo, debe de ser que él come lo mismo todas las semanas. Bueno, tampoco me voy a poner a sacar conclusiones tan pronto, que este es el tercer domingo que viene, pero no hay duda de que las albóndigas precocinadas le gustan mucho porque las trae en cantidades industriales. Debe de comer albóndigas todos los días, y eso hago yo también, o bien a mediodía o por la noche. Y el caso es que me suena haberlas comido antes en España, son las mismas que ponen de menú en el restaurante del IKEA. En estos paquetes de albóndigas no pone IKEA, sino COOP, como en casi todas las cosas que me trae. COOP suena a cooperativa, economato o algo así. Está claro que Gunnar no hace la compra en la tienda de *delicatessen* de Jokkmokk, que tampoco creo que haya. A todo esto, ¿cómo es Jokkmokk?

Una de las cosas que no son de la marca COOP es la leche, y me extraña, porque es la típica cosa que siempre suele haber de marca blanca, pero debe de ser que lo de comprar leche rica es un capricho que tiene. En el cartón pone Norrmejerier y es una leche muy grasa, un poco más y se podría masticar. Y fresca, así que la que me trae un domingo tengo que habérmela bebido para

el domingo siguiente porque, si no, se estropea. Y me trae mucha, pero mucha mucha: diez litros.

Diez litros de leche en una semana. Y yo que antes solo usaba la leche para cortar el café. Pero me ha entrado la cabezonería de que quiero comer lo mismo que come Gunnar, así que mi dieta está basada en albóndigas precocinadas y leche que más bien parece nata. No sé, no creo que sea lo típico en Laponia, pero seguro que hay más de un jubilado sueco como Gunnar comiendo lo mismo semana tras semana y año tras año.

Además de las albóndigas y la leche fresca, aunque ya con mucho menos protagonismo, destacan los trocitos de arenque. Vienen en botes de cristal y tienen diferentes aliños. Tienen su aquel. Y luego están los sustos. Ayer mismo me llevé una sorpresa con un paquete alargado en forma de salchicha gorda, un paquete de plástico: blandito, transparente y con una cosa marrón oscura dentro. Dicho así parece un poco asqueroso, pero juro que tenía pinta de ser un pudín de chocolate. Lo deje para postre y, al abrirlo, resulta que sí que era asqueroso: una especie de guiso con judías pintas. Quizá en otro momento, con otra presentación, hasta me habrían gustado, pero así, de repente y esperando un pudín de chocolate, las judías pintas se fueron directas a la basura.

## SIETE

### MARTES, 15 DE JULIO

Me había olvidado de que tengo un teléfono en casa. Se ha puesto a sonar y he tardado un buen rato en reaccionar. ¡Un teléfono! ¿Y quién llama? Yo no le he dado el número a nadie, así que la llamada tenía que ser para Niklas. ¿O quizás fuese el propio Niklas llamándome a mí?

Al final lo he cogido, y sí, era Niklas, quería saber qué tal va todo, si Gunnar me tiene bien alimentada y si la calefacción funciona. Sí que funciona, aunque apenas la he encendido porque de momento está haciendo bastante calor. También me ha preguntado si estoy segura de que no quiero un ordenador para poder usar internet en la cabaña. Sí, estoy segura. Dice que los gastos correrían de su cuenta, que lo considere incluido en el alquiler. Sigo estando segura. No necesito ni un ordenador ni internet, sería contraproducente, me pasaría los días fisgoneando vidas de otros en Facebook y eso no es un retiro ni es nada.

No me insistió más, se quedó tranquilo con que al menos el teléfono funcione bien y que pueda comunicarme con el mundo. Me dice que llame a España siempre que lo necesite. Después, coge carrete, hay que ver lo que le gusta hablar a este hombre, y me cuenta cómo el teléfono ha cambiado la vida en el norte de Suecia. Antes todo era más duro, las familias podían pasarse una

o dos semanas incomunicadas y había que tener siempre una buena reserva de alimentos en la casa. De ahí pasó a contarme que su abuela materna era de una familia de pastores samis, pastores de renos. Su abuelo materno, por otro lado, creció en un ambiente muy distinto, era el hijo del médico del pueblo y se fue a estudiar medicina a Uppsala. Terminó la carrera y volvió al pueblo a trabajar con su padre. Entonces, conoció a la abuela, la sami, yendo a la casa de la familia a visitar a uno de sus hermanos, que tenía unas fiebres muy altas. Los samis, por cierto, son los que yo toda la vida he llamado esquimales. Lo que pasa es que la palabra *esquimal* es despectiva, y la palabra *lapón*, al parecer, también. Así que samis. Ya, por acabar de enterarme bien, le he preguntado si no se puede usar también la palabra *inuit*, pero no, los inuits son otro pueblo, también originario de las zonas árticas, pero del lado de Alaska, Canadá y Groenlandia. Los de aquí son samis, pero *aquí* no quiere decir solo el norte de Suecia, sino también el norte de Noruega y Finlandia y el noroeste de Rusia, la zona que yo hasta ahora he llamado Laponia, o *Lapland* en inglés, aunque según Niklas el nombre más respetuoso con el pueblo sami, y el que él me recomienda que use, es Sápmi: el territorio de Sápmi.

Mientras intentaba formular en mi cabeza frases en inglés para poder preguntarle más cosas sobre los samis, Niklas cambió de tercio y me empezó a hablar de su familia paterna. Al parecer, eran emigrantes rusos que cruzaron las fronteras de pueblo en pueblo, primero la de Rusia con Finlandia y luego la de Finlandia con Suecia, buscando trabajo en lo que saliese. Eran rusos, pero no rusos samis, porque también hay samis en Rusia, pero ellos no lo eran. La historia de la familia paterna y de la emigración de Rusia a Suecia parece una gran saga, con relatos de osos, tías zaristas y sobrinos trotskistas, pero yo, sin querer, me despisté un poco porque me había quedado pensando en la abuela sami y en sus renos, en si viviría en un iglú o no, quién sabe, quizás los iglús solo son cosas de las películas.

Cuando colgamos, me quedé pensando en lo del ordenador con internet. Sé que no debo, pero es una tentación. Dice que él se encargaría de todo, que lo considere incluido en el alquiler, ¿pero cuánto tiempo se piensa que me voy a quedar? ¿Y cuánto tiempo quiero quedarme? Cuando hablé con él desde Madrid, le dije que en principio tres meses y, rápidamente, me respondió que por él no había prisa, que puedo quedarme dos o tres años si quiero. De momento, no tiene ninguna intención de usar la cabaña. La heredó de sus abuelos maternos y la renovó con su exmujer, Hilda. Bueno, quien la heredó fue su madre, pero, como ni sus padres ni su hermana tienen ninguna intención de usarla, es más o menos como si fuese suya. Terminaron de renovarla hace dos años, pero justo después Hilda le dejó. Ella es de Estocolmo y se había mudado a Luleå para vivir con él. Después de dejarlo, Hilda se cambió de continente, se marchó a Toronto, y Niklas se quedó en Luleå. Dice que prefiere tener alquilada la cabaña hasta que pueda volver aquí sin que el fantasma de Hilda se le aparezca detrás de cada esquina. Y de momento, parece que está contento conmigo como inquilina. Quiere olvidarse de Hilda, pero lleva una foto suya en la cartera. Lo sé porque al hablarme de ella me la enseñó. Muy guapa.





## OCHO

### MIÉRCOLES, 23 DE JULIO

Nunca me había pasado una semana entera leyendo. Y qué sensación más rara tengo ahora en el cuerpo, como de estar, pero no estar, de vivir en una burbuja. Empecé a leer el miércoles pasado por la mañana. Por fin me decidí a abrir la caja de libros que me había traído Gunnar el domingo. Después, me senté en la mecedora a leer el primer libro de *Las Fundaciones* de Isaac Asimov, saqué la mecedora a la puerta y así se me pasó el día. Me olvidé hasta de comer.

Los libros los tenía una prima de Gunnar, en su casa, ¡libros en español! Hace veinte años compró una casa en Torremolinos en una subasta de un banco y la casa venía con libros incluidos. Al parecer, había sido propiedad de un tipo que se había fugado a Brasil después de llevarse todo el dinero de la cooperativa agrícola que había montado con sus amigos. Pero los libros no se los llevó. A la prima de Gunnar le daba mucha pena tirarlos; además, quería aprender español, así que se quedó con ellos. Pero como lo que tenía en mente era una casa de veraneo minimalista, sin trastos acumulando polvo, al final acabo por llevarse los libros a Suecia. La misma empresa de mudanza que bajó los muebles desde Suecia se subió luego los libros. Luego se olvidó pronto de su propósito de aprender español. No le hace ninguna falta. El idioma que se usa principalmente en la urbanización donde tiene

la casa es el inglés, incluso a veces el sueco. Pero los libros no los tiró y siguen aquí, en Jokkmokk, en un rincón del antiguo granero de la familia que lleva muchos años convertido en almacén de trastos. Gunnar habló de su prima y de los libros en el granero y, a la semana siguiente, me trajo una de las cajas. Así, al peso, una caja de libros. Que cuántas cajas quería, le preguntó ella. Decía que encantada de dármelas todas. Pero yo nunca he sido muy de leer; además, no quiero llenar la cabaña de libros. Hemos quedado en que cuando me termine o me canse de una caja, Gunnar me traerá otra nueva. «Hay muchas —dice—, muchísimas».

Una semana leyendo ciencia ficción y no haciendo nada más que eso. Diferentes sistemas planetarios y la galaxia llena de seres humanos, de imperios, de gobernantes y de guerras. Viajes a la velocidad de la luz o incluso más rápido: teletransportaciones. Me siento a leer en la mecedora y, como no se hace de noche, se me pasan las horas volando y pierdo la noción del tiempo. El único reloj que hay en la cabaña es mi reloj de pulsera y siempre lo dejo en la mesita de noche. Miro la hora al irme a dormir y al despertarme. La mayoría de las noches duermo a lo que serían unas horas normales, pero es por casualidad.

No, nunca he sido muy lectora, no sé si porque no me ha interesado o porque no he tenido tiempo, quizás por las dos cosas. Supongo que cuando no se tiene el hábito, cuesta empezar. Al llegar a casa del trabajo, era mucho más fácil poner la tele que coger un libro y tanto a mí como a Marcos nos gustaba. Y cuando Marcos se marchó, las dos teles se quedaron en casa: la del salón y la de la cocina.

Y, además, ¿cómo iba a coger un libro si apenas había en casa? En la nuestra, quiero decir, porque en la de mis padres era otra historia. Yo no compraba libros nunca. Las raras veces que pasaba por una librería, o por la sección de libros del Corte Inglés para buscar algún regalo de última hora, no sabía muy bien dónde mirar ni qué buscar. Pero aquí estoy, terminándome *Fundación y*

*Tierra* y haciendo una pausa porque tengo los ojos cansados. Y la cosa es que me está gustando, me gusta leer. ¿Quizás son estos libros en concreto? No lo sé; de momento, voy a seguir con el resto de libros de la caja. Lo que más me gusta es que no tengo nada más que hacer, ninguna otra ocupación. Leo y desaparezo en los mundos que leo, y como aquí en Jokkmokk no me distraigo con nada, desaparezo por completo.



## NUEVE

### DOMINGO, 27 DE JULIO

Se acaba de ir Gunnar y todavía me dura el mareo, creo que me voy a quedar a dormir en la mecedora, al menos no me voy a mover en un buen rato. Y qué gusto, con los pies así, tan calentitos al calor de las brasas. Hoy hemos usado la chimenea por primera vez. Gunnar ha traído periódicos viejos, trozos pequeños de madera y un saco grande de leña que ha volcado en una cesta que hay en la entrada a la cabaña, debajo del porche. Yo ya me había fijado en esa cesta tan basta y tan grande. Pues mira, era para la leña. No es que me lo hubiese preguntado con demasiada curiosidad, era más bien una pregunta que iba y venía, entre página y página, o en el momento de duermevela de alguna de las siestas, cuando abro un ojo y me quedo mirando algo, a veces la cesta, a veces los árboles de enfrente, a veces el cielo, o mi barriga, que, por cierto, a ver si hago algo de deporte, porque la dieta a base de leche fresca y albóndigas empieza a notarse.

Pero el mareo que tengo es porque, además de la leña, Gunnar también ha traído *whisky*, y menudo *whisky*, yo nunca había bebido algo así. Y a palo seco, nada más que con un par de hielos. Quería que celebrásemos que ha terminado de pintar su casa. Ha tardado cuatro meses. La parte de dentro en abril y mayo, cuando todavía hacía demasiado frío para pintar al aire libre, y junio y julio los ha dedicado a la parte de fuera.

Pinta la casa más o menos cada diez años, y esta ha sido la primera vez que la ha pintado solo. Sin Astrid, *my beloved*, que es como la llama en inglés. Astrid era su mujer y la madre de sus tres hijos: Rebecka, Sune y Lilly. Murió hace cuatro años de algo del corazón, aunque no me he acabado de enterar bien por culpa del inglés. Me estoy dando cuenta de que controlo muy poco las palabras que tienen que ver con partes del cuerpo y esas cosas. Llevaban treinta y seis años juntos y se habían conocido en un mitin político. «Astrid tenía las cosas muy claras», me estaba diciendo Gunnar mientras nos servía el primer vaso de *whisky*, y según iba contándome, yo me iba dando cuenta de que todo esto —la leña, la celebración por acabar de pintar, el *whisky*...— se debía a que tenía muchas ganas de hablar de Astrid con alguien, conmigo, por ejemplo. Y le entiendo, se ha pasado cuatro meses pintando encima de las capas de pintura que pintaron juntos. Normal que quiera hablar con alguien. ¿Y quién mejor que yo, que no tengo otra cosa que hacer y que no sé nada de nada de Astrid? A mí me puede contar toda la historia desde el principio.

Sí, Astrid tenía las cosas muy claras. Después del mitin, puso en la mano de Gunnar un papel con su dirección apuntada. «Escríbeme», le dijo, y se marchó montada en una bicicleta verde que todavía existe y que algún día me enseñará cuando vaya a su casa. Astrid era socialista, feminista y sami, en ese orden. A mí me parece que lo primero de todo sería lo de ser sami, pero Gunnar lo tiene claro: el orden es importante y ser socialista era lo más importante para ella. Socialista porque se preocupaba por el bienestar de todo el mundo. Una sociedad en la que cada uno aporte en función de sus posibilidades y en la que cada uno reciba en función de sus necesidades. Feminista porque la situación de las mujeres es mucho más precaria que la de los hombres y hay que tenerlo en cuenta y cambiar esas estructuras. Y, por último, sami. El pueblo sami había sufrido mucho, y ella, además de ser sami de nacimiento, en un momento dado, eligió tomar partido

y sentirse sami. Fue una elección tardía, pasados los veinte años. Y es que hasta entonces, de alguna manera, había renegado de ello. Los padres de Astrid, ambos samis, habían dejado la vida nómada antes de que ella naciese y se habían asentado en una de las granjas a la orilla del río Lule. Fue allí donde nació, aunque para cuando conoció a Gunnar, ya estaba trabajando en la biblioteca de Jokkmokk y viviendo en un apartamento del centro.

Gunnar, que había crecido en el centro de Jokkmokk, me contó que él no tuvo una infancia como la de Astrid. Ella creció tan cerca del bosque y de la naturaleza que muchas veces, años después, aún no se podía saber dónde terminaba ella y donde empezaban los árboles, los peces, los renos o los lobos. Era una mujer muy especial.





## DIEZ

### MARTES, 29 DE JULIO

Como dos naranjas al día y, después, alguna manzana, plátanos, uvas, peras... Y lo apunto todo. No tengo ninguna otra cosa que hacer, así que apunto lo que como. Y sé que suena un poco maniático, pero aquí eso no importa, aquí puedo ser todo lo maniática que quiera. «Aquí eso no importa»; esa es la frase que más me repito últimamente y la que más me gusta. También me gusta que puedo pasarme una semana leyendo en la mecedora y que nadie se va a enterar de lo que hago, ni nadie me va a llamar por teléfono para interrumpirme. Un poco es culpa mía, quiero decir, eso de que nadie me vaya a llamar, porque soy yo la que no le ha dado el número de la cabaña a nadie. Aunque tampoco sabría a quién dárselo.

Si papá y mamá viviesen, tendrían el número, claro, y a Inés tengo pendiente llamarla para decirle que estoy aquí y dárselo. Vale que apenas tengamos relación, pero una hermana quizá debería saber el paradero de la otra. Lo que pasa es que me da mucha pereza tener que contarle por qué estoy aquí, si ni siquiera yo misma lo tengo muy claro. En mi antiguo trabajo no he dicho nada. Es lo último que se me ocurriría hacer. La otra noche tuve una pesadilla en la que mis compañeros de oficina se ponían en contacto con la policía y conseguían localizarme para mandarme por correo urgente unos presupuestos que me tocaba a mí revi-

sar. La policía llegó a la cabaña en una furgoneta negra, como la del Equipo A, y el conductor era Gunnar, el mismo Gunnar de siempre, pero más joven y más gordo, con una chaqueta de cuero y con unas gafas negras de gánster. Aunque con la misma gorra que lleva puesta siempre, esa roja y blanca en la que pone NSD.

¿Y hay alguien más por ahí? Marcos, mi queridísimo ex, exnovio y ex-Marcos, que después de dejarme se cambió de nombre y todo. Bueno, empezó a usar su primer nombre, que para el caso es lo mismo que cambiarse de nombre: Juan, de Juan Marcos. A él sí que le daría el número de teléfono, pero no nos llamábamos en Madrid, así que mucho menos nos vamos a llamar estando yo aquí.

Es increíble lo claro que lo veo en la distancia, y lo duro que es repasar mi lista de amistades y encontrar únicamente espacios en blanco. Vale, de alguna manera lo sabía, pero por otro lado no lo sabía, no quería saberlo. Y he tenido que venirme poco menos que al Polo Norte para verlo claramente: sin cenas de trabajo, sin horas perdidas en atascos, sin televisión... En fin, sin nada que me distraiga, no me queda otra que aceptar que amigos, lo que se dice amigos, no tengo. Suena tan duro que me dan ganas de desdecirlo o de borrarlo de la grabación.

A ver si ahora que estoy cogiendo soltura en esto de hacer listas, además de apuntar las naranjas, los plátanos y las peras que me como, apunto también las cosas que he ido haciendo o dejando de hacer para ir quedándome sin amigos y llegar a esta situación, porque quiero recordar que sí que los tenía. La cosa es que no sé ni cómo ni cuándo los he ido perdiendo. O sí que caigo, pero no me apetece ponerme a pensar en eso, todavía no.

## ONCE

### MIÉRCOLES, 30 DE JULIO

Ayer por la noche pensaba en mi soledad, en cómo me he ido quedando sin amigos, y esta mañana me he despertado con un catarrazo, con la sensación de tener una lija en la garganta y muchísimos mocos. Y vale que una cosa no tiene que ver con la otra, pero qué poco me apetece estar sola sintiéndome así: estornudando, con dolor de cabeza y yo diría que también con un poco de fiebre. No tengo termómetro en casa y tampoco medicinas, no había pensado en esto, en que en cualquier momento podía ponerme mala y que a lo mejor debería de tener ciertas cosas, unos paracetamoles por lo menos. Pero no tenía nada, así que esta mañana lo único que se me ocurrió es prepararme un tazón de leche caliente con miel y un poco de *whisky* del que trajo Gunnar el otro día. Que ya me vale usar ese *whisky* tan rico para quitar un catarro. Además, no sé yo si eso funciona o si es una leyenda. Y se supone que lo que hay que echar es coñac, ¿no? Pero tampoco creo yo que haya mucha diferencia entre coñac y *whisky*. Si una cosa funciona, entonces la otra funcionará también. O funcionan las dos o ninguna.

Me llevé el tazón a la mesita de noche y me metí otra vez en la cama, debajo del edredón. Ya me he terminado de leer toda la serie de *Las Fundaciones* y ahora estoy con otros libros de Asimov que había en la caja, aunque estos son libros de historia. También hay

libros de otros autores, pero a veces soy muy cabezona y si ya he empezado con algo, me apetece seguir. La semana pasada me leí uno sobre la historia del Imperio romano y ahora estoy con uno sobre la Alta Edad Media. Que lo pienso y me da la risa: yo leyendo libros de historia. Ya el hecho de que lea libros se me hace muy raro, pero además libros de historia, con la manía que le he tenido siempre a la historia, pero el caso es que me entretienen. Aunque hoy con el catarro, con los ojos cansados y el dolor de cabeza, la conversión al cristianismo del rey franco Clodoveo no ha conseguido mantenerme despierta. He dormitado toda la mañana y me he despertado de vez en cuando para leer un poco y darle sorbos a la leche con *whisky* y miel, que al final se me ha quedado fría. Cuando he vuelto a salir de la cama para ir a calentarla al microondas, he notado como me fallaban las piernas y me mareaba un poco. A lo mejor no había sido tan buena idea lo de tomarme un *whisky* con el estómago vacío, aunque fuese un *whisky* con leche.

Necesitaba comer algo, pero me faltaban las fuerzas para preparar nada, así que me hice una receta digna de estudiante que se acaba de independizar: albóndigas precocinadas calentadas al microondas con kétchup por encima. Y nada más. Aunque luego, cuando me senté a comer, me dolía tanto la garganta al tragar que la verdad es que me daba bastante igual como supiese aquello. Pensé que debería ir al médico, o al menos a una farmacia, pero yo sola no puedo ir a ningún sitio a no ser que llame a un taxi y consiga explicarle dónde estoy, que no tengo tan claro que sea capaz. Aunque no fuese domingo, tendría que llamar a Gunnar para que viniese a buscarme y me llevase al médico, o por lo menos traerme medicinas. ¿Y si no quisiera venir por no contagiarse? Qué pena de situación, qué pena me estaba dando a mí misma, sola y enferma. Pero claro que Gunnar hubiera venido si le hubiese llamado; de hecho, se va a enfadar cuando sepa que no le he llamado. Mañana le llamo. Ahora no, que ya son las doce de la noche y seguro que está durmiendo.

Es verdad que he pensado en que Gunnar no iba a querer saber de mí por miedo a contagiarse, pero, aun así, me habría dejado de tonterías y habría acabado por llamarle. Lo que pasa es que al final no ha hecho falta porque ha venido Niklas por sorpresa. Me había terminado las albóndigas y seguía sentada en la mesa de la cocina, mustia como una maceta mustia, mirando por la ventana y pensando en lo mucho que me gustaba ponerme enferma de pequeña para así no ir al colegio, cuando de repente sonó el teléfono, era Niklas, decía que le perdonase por incordiarle tanto, pero que me llamaba porque estaba en Jokkmokk, había venido a celebrar el cumpleaños de su madre y quería pasarse por la cabaña a recoger unas cosas que tenía en el trastero. ¿Tenemos un trastero?

Pues sí, tenemos un trastero, aunque no está en la propia cabaña, sino en una versión en miniatura de la cabaña que hay a unos metros de distancia y que se ve desde la ventana de la cocina: una cabañita. El caso es que ha llamado Niklas para avisarme de que quería pasarse a recoger unas cosas y ni siquiera he tenido que decirle que estaba enferma porque me lo ha notado en la voz. Sí, aquí en Suecia también venden paracetamol sin receta en la farmacia. Me traería un paquete. Y un termómetro. Luego, me ha interrogado sobre mis síntomas para explicarlos en la farmacia, a lo mejor se les ocurría alguna cosa más que me pudiese venir bien, y si hacía falta, me llevaba al médico, que él iba a estar aquí unos días y tiene tiempo. El cumpleaños de su madre es mañana, pero va a quedarse hasta el domingo. Muchas veces viene a Jokkmokk nada más que a pasar una noche, a ver a sus padres, pero entonces se queda con la impresión de que ha ido todo muy rápido, como de estar sin haber estado. También es verdad que cuando se decide a coger libre en el trabajo y venir más días, como por ejemplo ahora, de miércoles a domingo, enseguida empieza a subirse por las paredes y se aburre. Su padre está siempre reparando o renovando algo en la casa, que parece que estropease las cosas aposta para tener algo que hacer, y su madre ve la televisión, la ve todo

el rato, pongan lo que pongan. Así que los días que está de visita, va alternando entre ayudar a su padre con las reparaciones que tenga entre manos o sentarse con su madre a ver una película o el programa que estén poniendo en ese momento en la tele. Intenta convencerlos para salir a dar una vuelta, pero no hay manera. Y con sus amigos de toda la vida, los que se han quedado a vivir en Jokkmokk, tampoco se pueden hacer muchos planes. Le da la impresión de que están todos ocupados a tiempo completo criando niños, trabajando y criando niños. Él no tiene niños, tiene cuarenta años y no tiene niños. Le habría gustado tenerlos, y todavía no lo descarta, aunque tampoco quiere ser un padre de esos que ya desde el primer día que tienen el bebé en los brazos parecen abuelos. Pero si tuviese niños, aunque sea una posibilidad bastante remota, si tuviese niños, querría compaginarlo con seguir haciendo las cosas que hace: salir al campo, jugar al baloncesto, ir a las reuniones de las diferentes asociaciones en las que es socio, el voluntariado en la Cruz Roja... Dice que la lista es larga, quizá demasiado. Y Hilda, su ex, también tenía siempre otras ochenta cosas en la cabeza, y en los últimos tiempos, ochenta cosas que eran diferentes a las ochenta cosas de él. Y ciento sesenta cosas son demasiadas cosas para hacer equilibrios con ellas.

A ver, no ha dicho exactamente eso de las ochenta cosas y las ciento sesenta cosas, pero más o menos algo así. Niklas me habla en inglés, igual que Gunnar, y yo, querida grabadora, pues voy traduciendo con lo primero que se me viene a la cabeza. Otra opción sería hacer estas grabaciones en inglés, pero, *oh my god*, que me da mucha pereza. Además, ir traduciendo me hace enterarme mejor de las cosas, darme cuenta de cuáles son los detalles que no he captado, como por ejemplo cuando Niklas me ha explicado qué es lo que venía a recoger del trastero, de la cabaña-trastero que hay aquí al lado. Es algo de una asociación, de material de no sé qué para usar en la asociación en cuestión. Pero hasta ahí ha llegado mi nivel de inglés. Ni idea de la asociación de la que se

trataba o de qué tipo de material me estaba hablando. En un día normal le habría pedido que me aclarase el significado de ciertas palabras, como suelo hacer con Gunnar, pero hoy, con el catarro, mi cerebro funciona como mucho al cincuenta por ciento de su capacidad, he terminado por desconectar y le he dejado hablar y contarme a sus anchas, eso sí, poniendo cara de estar enterándome de todo. Y el caso es que me ha contado con mucho detalle qué cosas son las que había venido a buscar y lo que iba a hacer con ellas, y ya de paso también a qué se dedicaba la asociación, pero, oye, como si me hablase en chino; sí, a medida que Niklas hablaba, mi fiebre lo iba transformando todo al chino.

Todo esto, las cosas de las que me he enterado y de las que no, me lo ha ido contado en la cocina, primero mientras trasteaba rebuscando en la nevera y en la despensa ingredientes para cocinar y luego cocinando una cantidad de comida suficiente como para alimentarme durante una semana entera. Dice que si estoy enferma, no me va a apetecer cocinar, y que por muchos medicamentos que tome, no me voy a poder curar como siga alimentándome a base de albóndigas precocinadas con kétchup, que es lo que ha visto encima de la mesa cuando ha llegado, es decir, los restos del festín: un plato, un tenedor, un vaso, el paquete de albóndigas y el kétchup.

Le he insistido veinte veces en que no hacía falta, que mañana seguramente me encontraré mucho mejor y que me las apaño perfectamente comiendo cualquier cosa, pero a todo lo que yo insistía, él insistía más aún, y mientras lo discutíamos, ya estaba moviéndose de aquí para allá, buscando ingredientes en todos los armarios de la cocina. Incluso en el maletero de su coche, que lo traía lleno de comida porque antes de venir por aquí había ido a hacer la compra para todos estos días que va a estar en casa de sus padres. Y es que esa es otra de las cosas que hace Niklas cuando viene a visitar a sus padres: cocinar. Llega un momento en que se aburre de ver la tele con su madre o de cambiar grifos con su padre y entonces se pone a cocinar. A cocinar comida de verdad,

no como la que hacen sus padres, que solo comen comida precocinada o medio precocinada.

A Niklas lo que le gusta es hacer comida como la que hacía su abuela, su abuela paterna, la rusa, de la que me estuvo hablando el otro día por teléfono y de quien hoy me ha seguido contando muchas cosas más:

La abuela tenía dos años el año de la revolución, y cuatro cuando sus padres, con miedo a que al bisabuelo de Niklas le acusaran de antirrevolucionario, decidieron que lo mejor que podían hacer era emigrar. Cruzaron primero la frontera de Rusia con Finlandia y luego la de Finlandia con Suecia. No eran rusos ricos, de esos que podían pagarse unos billetes de tren a París o marcharse en barco a Londres o a Nueva York. Eran rusos pobres, parte de ese pueblo al que los soviets decían defender, pero el caso es que, por una serie de razones de las que no me enteré del todo bien, tenían motivos de sobra para sentirse en peligro y decidieron emigrar. Otras familias de la misma zona ya se habían marchado de allí con miedos parecidos, así que ellos hicieron lo que casi siempre se hace en estos casos: imitarlos, dejarse guiar por sus consejos y recorrer los caminos ya abiertos. Después de un viaje larguísimo que a la abuela de Niklas con los cuatro años que tenía le pareció interminable, llegaron a Jokkmokk, y su padre, el bisabuelo de Niklas, encontró trabajo en una compañía eléctrica, construyendo presas, el mismo trabajo que también consiguió su otro bisabuelo paterno, que también era ruso y que emigró con toda su familia unos meses después siguiendo prácticamente el mismo recorrido: otra familia rusa escapando de la guerra civil, una familia numerosísima, diez hijos, y entre ellos el abuelo paterno de Niklas, que tenía ya trece años y que, en cuanto llegó a Jokkmokk, se puso a trabajar en la central eléctrica con su padre; bueno, con su padre y también con el hombre que luego se convertiría en su suegro.

Eran los años veinte del siglo pasado, y aunque vivían en Suecia, en realidad vivían entre rusos. El idioma que hablaban en casa, las



visitas que recibían, las celebraciones y los ritos de la iglesia ortodoxa todo era ruso. También las amistades, las peleas o los romances, como el de los abuelos de Niklas. Se casaron por el rito ortodoxo y, ya casados, siguieron unos años más en esa pequeña burbuja protectora que era la comunidad de rusos emigrantes. Protectora y también controladora. Vivieron en la burbuja hasta que los asfixió, hasta que se montó el drama, hasta que se hicieron comunistas y pasaron a convertirse en las ovejas negras de la familia. ¡Comunistas! La abuela de Niklas se reía siempre que contaba el escándalo que fue aquello, aunque en su momento no fue tan gracioso y estuvo casi un año sin hablarse con sus padres. Que los trabajadores suecos se dejasen engañar por los cuentos de la lechera de los comunistas aún pasase, ¡pero ellos, ellos que habían tenido que huir de su querida Rusia por una guerra que habían causado los comunistas...! Eso era una traición a sus familias y a su patria.

Niklas no conoció a su abuelo, era casi diez años mayor que la abuela y, además, murió joven, bastante cascado y con muchos achaques después de haber trabajado en las eléctricas desde la adolescencia. Lo de trabajar en las eléctricas me recuerda a la familia de papá, en Sobradillo: primos, tíos, primos segundos... Muchos de ellos también trabajaron toda la vida en las eléctricas, en las centrales eléctricas de las Arribes del Duero, aunque si soy sincera, nunca me quedó muy claro qué tareas hacían allí. El abuelo de Niklas murió antes de llegar a los sesenta años, y la abuela, que por aquel entonces apenas acababa de cumplir los cincuenta, vivió unos años sola hasta que nacieron sus nietos y se fue a vivir con su hijo y su nuera para ayudarlos en la crianza. Niklas, por aquel entonces, tenía dos años, y su hermana acababa de nacer. Así que para Niklas, su abuela siempre estuvo allí, con ellos en casa, instalada en la cocina, haciendo panes, guisos, postres, arreglando la ropa que se estropeaba, escuchando la radio, charlando. Sobre todo, eso, charlando, porque siempre tenía tiempo y ganas para hacer un café o preparar un chocolate y sentarse a hablar de unas cosas y de otras

con el primero que entrase en la cocina. Niklas también pasaba mucho tiempo allí, se ponía a hacer los deberes o a dibujar en la mesa grande de madera y veía entrar y salir a las amigas y amigos de su abuela. La mayoría eran vecinos de Jokkmokk, pero no siempre, a veces venían visitas desde más lejos, y lo curioso es que casi nunca avisaban de antemano de que iban a venir. A diferencia de los amigos de sus padres, o los suyos propios, que viven pegados a la agenda, o últimamente al móvil con agenda, y que necesitan dos semanas de antelación para poder quedar a tomar un café con un amigo, los amigos de su abuela no planificaban tanto, simplemente venían a casa, llamaban a la puerta de la cocina y daban por hecho que siembre habría alguien en casa para abrir. Y solía haberlo, normalmente la propia abuela. Y cuando la abuela salía, por ejemplo, a hacer la compra o a pasear a los perros, entonces casi siempre era Niklas quien abría, instalado allí con sus deberes, con un cómic o dibujando en un rincón de la mesa. La mayoría de las visitas hablaban ruso y se ponían muy contentas al escuchar como Niklas lo hablaba con tanta soltura. Eran señores y señoras mayores, de la edad de la abuela, y se lamentaban de que sus nietos no supiesen ni una palabra de ruso. Pero es que, en casa de Niklas, mientras vivió la abuela, siempre se habló ruso —sueco y ruso—, y la abuela vivió mucho tiempo, se murió hace apenas cinco años, en 2009, el mismo año en que murieron mis padres.

Le he contado a Niklas lo del accidente de papá y mamá; ni me lo he pensado dos veces, casi sin darme cuenta ya estaba contándoselo, con lo que me cuestan a mí esas cosas normalmente. Debe de ser la fiebre, que me baja también las defensas emocionales, me tiene atontada y no sé muy bien ni lo que hago ni lo que digo. Niklas trajo de la farmacia dos cajas de paracetamol, un jarabe para la tos y un termómetro. Me lo puse en cuanto llegó y tenía treinta y ocho y medio, aunque ahora, después de dos paracetamoles, me ha bajado a treinta y siete y medio. Y el jarabe también está haciendo su efecto. A ver si se me pasa un poco la

tos y consigo dormirme. Que, por cierto, debería dejar de grabar ya y meterme en la cama, pero me cuesta, vaya si me cuesta, es como si hablándole a la grabadora estuviese un poco menos sola.

Niklas se ha pasado aquí media tarde: cocinándome, recogiendo cosas en el trastero, contándome batallas... A ratos tenía ya ganas de que se fuese, ¡un poco de silencio, por favor! Y la verdad es que sí, que se está muy bien en silencio, pero luego, después de un rato, ya no me apetece más silencio, por eso estoy tan habladora. Además, me doy cuenta de que hablar me ayuda a pensar, a recordar más detalles, y me viene otra vez a la cabeza lo que me ha contado Niklas de sentarse en la mesa de la cocina a hacer los deberes mientras su abuela se tomaba un café con las visitas o pelaba las patatas para un guiso. Desde ahí, de un salto, se me va la mente casi sin querer a la casa de mis abuelos, en Sobradillo, cuando estábamos pasando unos días en el pueblo y mamá e Inés se iban de excursión a las Arribes, cuando yo conseguía que me dejaran tranquila, que no me llevaran de excursión con ellas, y me pasaba las tardes pintando en un rincón de la mesa del salón, igual que Niklas en la de su cocina, o mirando los atlas enormes que tenían mis abuelos, enormes pero desfasados a más no poder. En el salón estaban también la chimenea y las mecedoras en las que papá se sentaba a leer, a vigilar el fuego y a charlar con las visitas que iban apareciendo por allí cuando se enteraban de que habíamos venido de Madrid a pasar unos días en Sobradillo. Me doy cuenta ahora, comparándole conmigo, de que papá tenía muchos amigos. Y eso que en Madrid parecía que no conociese a nadie: iba de casa al trabajo y del trabajo a casa, y se relacionaba, como mucho, con los vecinos de la urbanización, pero en el pueblo, sin embargo, no paraba de hablar con gente: en el bar a la hora del aperitivo, por las tardes en casa de los abuelos, gente que a su vez le hablaba de otra gente, una mezcla de nombres que a mí me sonaban mucho de tanto oírlos y que, de vez en cuando, se convertían en personas de carne y hueso, señores o señoras que

aparecían en el vestíbulo, me daban dos besos y me decían que había que ver lo mucho que me parecía a mi abuela.

Mi abuela, por cierto, cuando papá recibía visitas, no paraba de entrar y salir al salón, entraba por una puerta y salía por otra, preguntaba a papá y a las visitas si querían tomar algo más, se quejaba de que no llovía, o de que llovía demasiado, se sentaba en uno de los taburetes, nunca en las mecedoras, y preguntaba, a la visita en cuestión, por los hijos, padres, tíos, primos..., por la salud de los mayores y los estudios de los pequeños. «La salud, la salud siempre es lo primero», cierro los ojos y parece que la estuviese oyendo, y si ahora mismo me viese por un agujerito, se enfadaría conmigo por haber pillado este catarro, aunque yo no tenga culpa ninguna. Bueno, eso es relativo, mi abuela sabría encontrarme las culpas. Por ejemplo, ¿quién te manda venirte a vivir al Polo Norte? Porque para ella esto ya sería el Polo Norte. Me diría que normal que haya pillado un catarro, que es lo menos que me podía pasar, y le daría igual que estemos en verano. También me diría que dejase de zascandilear y me metiese de una vez en la cama, y eso es lo que voy a hacer ahora mismo, no me apetece nada quedarme en silencio, hoy no, pero voy a apagar la grabadora y la voy a dejar aquí, en la mesita de al lado de la mecedora, y yo me voy a dormir, a meterme en la cama, a leer un poco y a dormir.

## DOCE

### JUEVES, 31 DE JULIO

Son las cuatro de la mañana. Hay tanta claridad como si fuesen las cuatro de la tarde, pero eso no quita que sean las cuatro de la mañana y que se me haga raro estar levantada. Me ha despertado la tormenta. El viento y el ruido de la lluvia chocando con la ventana de la habitación. El termómetro me dice que estamos a seis grados; de repente, ha bajado seis grados. Bienvenida al norte.

No sé, lo único que se me ocurre hacer es sentarme en la mecedora y esperar a que se calme un poco el viento; sé que si me vuelvo a meter en la cama, me va a entrar la angustia otra vez. Desde la cama parecía como si el viento fuese a llevarse la cabaña volando: hacia la frontera con Noruega, hacia el Ártico, directos al Polo Norte. Sin embargo, aquí en el salón, con la luz encendida y entreteniéndome en encender la chimenea, da la sensación de que la cabaña resistiría una tormenta incluso diez veces más fuerte que esta. Sí, ahí afuera los que mandan ahora mismo son el viento y la lluvia, pero aquí dentro estoy calentita y seca, mi pijama huele a suavizante y el fuego empieza a prender. Es hipnótico el sonido del fuego, hipnótico y protector. Supongo que lo llevamos codificado en los genes: fuego, caverna, comida caliente, refugio, casa.

El fuego ha prendido completamente y me balanceo en la mecedora. Laura, ¿qué estás haciendo? Pues aquí estoy, meciendo-

me. Miro por la ventana y veo gotas de lluvia que se estrellan y que corren hacia abajo. Y casi que me parece que puedo escuchar el sonido del río, con toda esa agua que hace bien poco era nieve en las montañas mezclándose con el agua de la lluvia.

No sé si es porque se me ha llenado la cabeza con los libros de ciencia ficción que he estado leyendo, pero no puedo evitar imaginarme la Tierra flotando en el espacio, y yo aquí dentro en la cabaña, flotando también en la mecedora. Tan pequeña la cabaña, pero recogida y caliente. Que bien podría estar ahora mismo en una nave espacial, saliendo del sistema solar y viendo la Tierra a lo lejos, alejándose como un simple puntito que al final desaparece en la negrura del espacio. Estos pensamientos no los tenía yo antes. No tenía tiempo, ni ganas. Parecen las típicas cosas que piensan los adolescentes de las películas al fumarse unos porros. Yo le doblo la edad a la mayoría de los adolescentes y la última vez que me fumé un porro fue en el siglo pasado, pero con todo este tiempo disponible que tengo, tiempo en el que no sucede nada, los pensamientos se me van en direcciones que jamás habría imaginado, empiezo a dudar de lo que pienso y lo que dejo de pensar, o quién se supone que soy o no soy, incluso empiezo a olvidar cuáles son mis hábitos y mis manías. ¿Es esto?, ¿en esto consiste mi terapia?, ¿en desdibujarme?